

ENSAYOS

La estética de nuestros cementerios.

¿Qué diablos se me da á mí, después de muerto, que me entierren en la caba ó en la horca, muriendo buen cristiano?

CRISTÓBAL DE VILLALÓN.—*Viaje de Turquía.*

Es preocupación humana la de perdurar. Piensa el hombre, por desgraciado que se crea, en la brevedad de la vida y no se resigna á sumergirse en el gran anónimo de la muerte. En el instinto paternal y en el fondo de nuestros trabajos hay siempre una parte considerable, inconsciente á veces, de deseo de perpetuidad, que lo mismo se manifiesta en los hijos de la carne que en las producciones del espíritu, creaciones ambas de nuestro amor y nuestra sangre.

Nos afanzamos á la vida tratando de dejar huellas de nuestro paso. El hombre no sólo trabaja por «aver mantenencia» y «yuntamiento con fembra placentera», como dice el Arcipreste atribuyéndoselo á Aristóteles. Aun en regiones de vida inmortal, las almas se recomiendan á la memoria humana:

Deh! quando tu sarai tornato al mondo

Ricodriti di me, che son la Pia:

dice en el Purgatorio á Dante la infeliz mujer de Nello della Pietra, víctima inocente de su belleza, deseando no ser olvidada por los amigos que tempranamente dejó en la Tierra.

Una de estas manifestaciones de ansia de perdurar y no desaparecer totalmente, constitúyenla los monumentos funerarios. Desde las losas más humildes de un pequeño cementerio de aldea, hasta la lujosísima capilla sepulcral de un potentado, construída con mármoles, mosaicos y bronce, todos ellos no pretenden más que perpetuar el recuerdo de las sombras fúnebres entre los vivos. Constituyen al mismo tiempo una especie de ofrenda expiatoria de los que se quedan, por seguir viviendo, á los que concluyeron su vida terrena.

El arte ha dado formas de belleza inmortal á este sentimiento. Personalidades mediocres que debieron desaparecer con los infinitos muertos olvidados, viven hoy entre nosotros gracias á los artífices que labraron sus tumbas. Tales estos dos mancebos, desaparecidos en el apogeo de su juventud y su belleza, que se llamaron D. Martín Vázquez de Arce y D. Juan de Padilla, á los que, como compensación

tal vez, el destino ha dado vida más dilatada en sus hermosos sepulcros de la Catedral de Sigüenza y del museo de Burgos.

*
* *

La civilización actual no ama á los muertos. Los aparta de sí, los aleja á lugares especialmente dispuestos para ello y los frecuenta lo menos posible.

Sin embargo, en otras épocas, las gentes vivían entre los cadáveres. Durante unos cuantos siglos las iglesias fueron únicos lugares de enterramiento y las personas que acudían semanalmente á los oficios oían éstos sobre las sepulturas de sus deudos. La vida religiosa tenía lugar entre tumbas, y cuando un neófito era llevado á bautizar á la parroquia, podían darle la bienvenida las sombras fúnebres de sus antepasados allí yacentes, que, más tarde, asistirían á su comunión y á su matrimonio, esperando el día en que fuera á hacerles compañía bajo las bóvedas de la iglesia. Las gentes se habían acostumbrado á estar entre los muertos sin prescindir por ello de la alegría y de la vida; en algunos cementerios se plantaban frutos, se paseaba, hasta se daban bailes y se amaba (*). La vida y la muerte andaban tan estrechamente unidas como lo están en la naturaleza humana.

Aun el pavimento de muchos de nuestros templos rurales están llenos de esas tumbas, losas de piedra ó tablones de madera bruñida y lustrosa por el roce de los fieles, bajo los cuales yacen numerosas generaciones. Con frecuencia tales enterramientos comienzan en las mismas puertas del templo, donde pedían ser sepultados aquellos que deseaban hacer ostentación de humildad, para que así sus cenizas fueran holladas por todos los devotos.

Otras veces los cementerios rodeaban las iglesias y ocupaban sus atrios y pórticos y los muertos seguían también entre los vivos, en el mismo ambiente en que se movieron sus cuerpos perecederos.

*
* *

«¿De dónde viene este miedo de la muerte, que ha crecido tanto arrimado á la ignorancia, que aun oírle nombrar no quiere alguno, como si por el oído secretamente se le entrara?», pregunta Quevedo (**).

Actualmente los muertos molestan, perturban nuestra existencia. Procuramos alejarlos lo más posible de nuestra vida, retirarlos allí donde nunca nos importune su recuerdo ni tengamos que volver á ocuparnos de ellos. Los cementerios, para el sentir común, son sitios de tristeza y aun de horror que mucha gente no visita hasta no llegarle la hora inexorable de descansar en ellos para siempre. A un acto tan natural y corriente como la muerte, fuente como toda mudanza de serena melancolía, le hemos rodeado de un aparato trágico y grotesco a la par, olvidando la sencillez con que en la naturaleza todo se transforma y todo perece diariamente.

*
* *

(*) Enlart. Manuel d'archéologie française. — I.

(**) La cuna y la sepultura.

Sitios de tristeza y horror son, sí, casi todos nuestros cementerios. Pero no porque en ellos vayan volviendo al polvo los cuerpos humanos, sino por su desolación y fealdad repulsivas. Dispuestos por la administración municipal como un lucrativo negocio, ninguna preocupación de belleza dirige su instalación. Atiéndense en su disposición á intereses económicos é higiénicos; se olvidan por completo los estéticos. Después de cercado el terreno del nuevo camposanto, marcadas la diferentes categorías de enterramientos, según los diversos precios, y construídas grandes filas de nichos como estantes de librería ó almacén, el mal gusto ó la vulgaridad se encargan de completar la obra amontonando ladrillos, piedras y mármoles en disposiciones absurdas y colocando sobre ellos letreros de un sentimentalismo vulgar.

Algunas veces, en las ciudades, los panteones y edificios funerarios tienen reminiscencias pedantescas, y, por ejemplo, porque entre los egipcios la idea de la muerte fué capital, tratan de conseguir lo que se ha dado en llamar carácter funerario copiando motivos de monumentos de las orillas del Nilo. Otras veces son figuras simbólicas en actitudes violentas, con un aspecto teatral, las que nos detienen en nuestro vagar por las calles del camposanto, ángeles con un dedo en los labios invitando al silencio, ó señalando con él al cielo, ó enjugándose los ojos llenos de lágrimas, ó sosteniendo una antorcha encendida. Y por todas partes abundan los paños de piedra ó mármol, paños rígidos, sin vida, como si fueran de cartón ó metal; las coronas de siemprevivas que semejan salvavidas; las columnas truncadas, los buhos simbólicos, los pebeteros de los que sale un humo pétreo; miles de tumbas, en una palabra, sin un solo detalle artístico, agrupadas y dispuestas lo más feamente posible.

*
* *

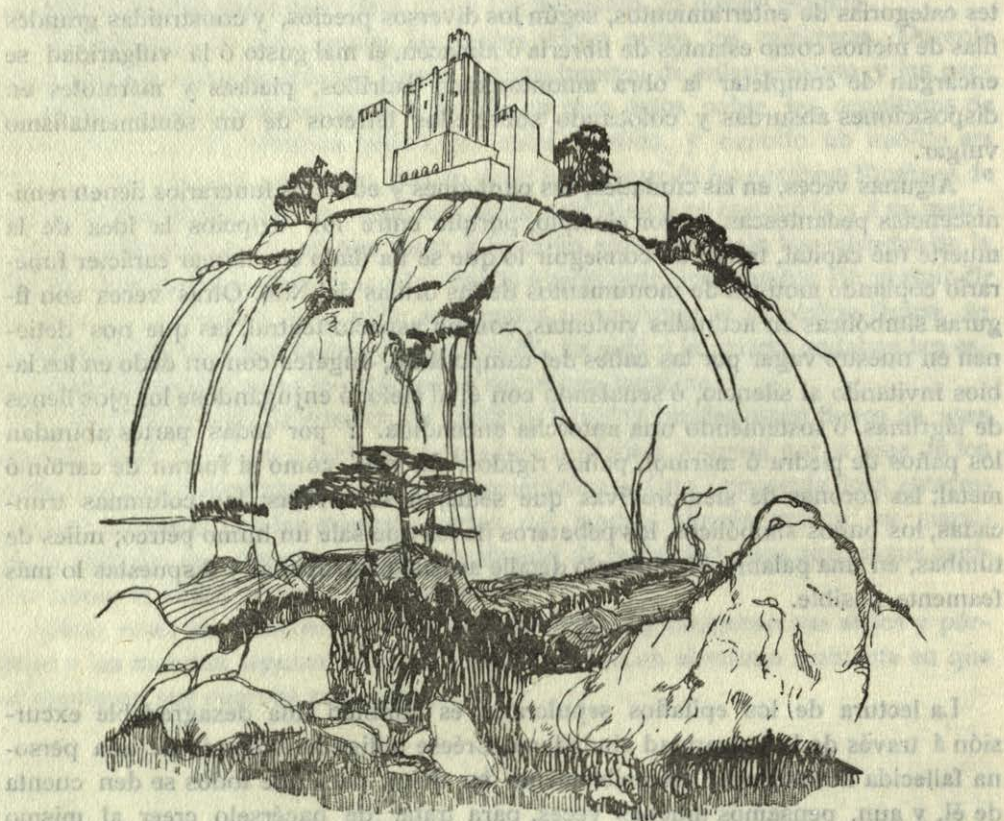
La lectura de los epitafios sepulcrales es también una desagradable excursión á través de la vulgaridad ciudadana. Créese obligado el deudo de una persona fallecida á manifestar ostensiblemente su dolor, para que todos se den cuenta de él, y aun, pensamos muchas veces, para tratar de hacérselo creer al mismo muerto.

Emplea para ello palabras en las que el recuerdo se consagra como eterno é imposible el olvido, palabras en las que se adjetiva copiosamente la tristeza y el dolor. Ni aun tienen el mérito de la espontaneidad; son casi todas frases hechas y tópicos vulgares incapaces de sugerirnos el más pequeño sentimiento. Afortunadamente tales inscripciones, por su construcción, no alcanzarán la eternidad que invocan, serán prontamente destruídas, y el observador futuro no podrá historiar por ellas el dolor de nuestra generación ante el gran misterio de la muerte.

Nuestras inteligencias están tan pervertidas por una pseudo-cultura que huímos siempre de hacer de un camposanto lo que debe ser de acuerdo con la ideología cristiana: un sereno lugar de reposo, agradable y tranquilo, en el que los vivos circulen entre las tumbas sin que para nada tengan que acordarse de los egipcios, ni dedicarse á la interpretación de complicadas alegorías.

*
* *

Parece como si se quisiera entre nosotros rodear la muerte de un repulsivo ambiente de fealdad y mal gusto. Para un hombre de vida sencilla y armoniosa, para un espíritu selecto, debe ser desagradable pensar en que su fin será ir encerrado en un feo cajón, metido en un coche absurdamente decorado, con caballos ridículamente empenachados y cochero disfrazado, para dejar sus restos en una especie de almacén de muertos, entre coronas de avalorios y flores artificiales, estatuas y mo-



Dibujo del arquitecto R. Fernández Balbuena.

numentos pretenciosos y dedicatorias grotescas. Y todo este aparato que no tiene la disculpa de ser bello, es para un acto tan natural y cotidiano como es la muerte.

Si las almas de los que fueron vagan entre los vivos, discurriendo por los lugares que habitaron, algunas de refinados espíritus no podrán nunca perdonar á sus herederos la fealdad de su morada fúnebre.

*
**

Sin embargo, en épocas anteriores, la idea de la muerte ha sido fecunda para el arte. Y nunca se rodeó del dramatismo afectado y la pedantería alegórica que acumulamos hoy en torno de ella.

En las estelas griegas del siglo v, el muerto se representaba tal como fué en vida, sereno, con una belleza inalterable y una eterna juventud. «Se pudo decir desde

las deliciosas estelas funerarias griegas que la muerte embellece todo lo que toca.» (*) Las estatuas sepulcrales del siglo xiii, con las manos juntas en oración, con los ojos abiertos, son siempre jóvenes. «La muerte aparece en las bellas obras de la edad media, con una serenidad y una nobleza que no son ya de este mundo.» (*)

*
* *

En los epitafios antiguos encontramos frases que logran aún conmovernos a pesar de evocar un dolor tan pretérito.

Casi todos—los mejores—son concisos, pues el dolor es sentimiento reconcentrado que con la profusión pierde su aroma.

Annia Diodora, cara suis: Anna Diodora, de los suyos querida, dice un epitafio romano. Y otro, *Lucius Norbanus Longinus hic situs est. Sic tibi terra levis*: Lucio Norbano Longino, aquí yace. Séate la tierra ligera, palabras estas últimas de atractiva sencillez usualmente empleadas en los cenotafios de todo el mundo imperial. *Pia in suis* (piadosa con los suyos), dice otra inscripción también con fórmula corriente. Y un marido, en la losa funeraria de su compañera, pone estas palabras concisas y elegantes, igualmente muy repetidas: *Salve uxor* (Salve, esposa).

Otras inscripciones sepulcrales de nuestro renacimiento, son sentencias que nos hablan de la vanidad terrena. Excesivamente eruditas algunas, ligeramente afectadas otras, no caen nunca en la vulgaridad de las presentes. *Fex homo, vas cineris: quid mundi prospera queris?* (Hez humana, vaso de ceniza: ¿qué hay próspero en el mundo?), pregunta la losa del obispo Pedro en Oviedo. *Exitus hic omnes: urna cinisque manet* (Aquí está el fin de todos: sólo permanece la urna y las cenizas), se lee en el sepulcro de D. Juan Ruiz Pelegrina en la catedral de Sigüenza. Y en la de D. Fernando de Montemayor, en el mismo edificio, se prevé una profanación futura: *Haec jaceo in fosa: tu quisquis es mea noli tangere ossa*. (Yazgo en esta fosa: quien quiera que seas no toques á mis huesos). *Hic jacet pulvis, cinis et nihil*, dice con rotunda concisión la losa de cobre de la catedral de Toledo que cubre los restos de un espíritu orgulloso, con el supremo orgullo del anónimo y de la humildad, restos del cardenal Portocarrero, cuya historia fué un tejido de intrigas y ambiciones.

Otras inscripciones más consoladoras, en vez de mostrarnos descarnadamente la miseria humana, nos hablan de la muerte como tránsito para la vida eterna:

«El que aquí está sepultado no murió
que fué partida su muerte para la vida»,

pregona conceptuosamente el sepulcro del inquisidor Corro, obra italiana del siglo xvi, en San Vicente de la Barquera.

*
* *

Convirtamos nuestros cementerios en jardines agradables, por los que podamos pasear entre árboles y flores que cubran las tumbas. Desterremos de ellos las ran-

(*) M. Emilio Mále.

ARQUITECTURA

cias alegorías, los monumentos pretenciosos, las obras de un arte comercial y chabacano, las inscripciones falsamente sentimentales, los nichos en hilera, en una palabra, todo lo que hoy los hace odiosos. Que la naturaleza en el milagro de su renovación anual vaya cubriendo las tumbas, dulcificando las aristas de las losas de granito, cubriendo los muros de mármol demasiado blancos, dando una nota de jugosidad al lado de un panteón excesivamente austero...

Dejarán entonces de ser los cementerios lugares solitarios y medrosos, como ahora, y por sus senderos circulará la vida con sus alegrías y sus dolores; la vida que nos transmitieron los que en ellos reposan y que tenemos el deber de dejar en herencia á los que vienen, un poco más libre y más bella que nosotros la encontramos, para que el día de mañana recorran con amor los senderos que conducen á nuestras sepulturas.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS,

Arquitecto.

